

«Apaiz kartzela», un ancla en el presente para no olvidar

En Irudienea se proyectó este documental que lleva al espectador a la cárcel de Zamora, levantada en 1968 para los curas que hicieron frente a la dictadura. La mayoría fueron vascos.

Oihane LARRETXEIA | DURANGO

Las posibilidades artísticas que ofrece una cita como la de Durango son mil, no hay formatos ni formas establecidas, toda creación tiene cabida. Por eso no es difícil entender, aunque sí pueda sorprender al espectador, que es posible ver un trabajo que aún no se ha terminado. Recibe el nombre de *work in progress*, esto es, que aún está en construcción.

Es lo que han propuesto los directores Oier Aranzabal, David Pallarés y Ritxi Lizartza con «Apaiz kartzela», un documental que narra la historia de los curas, la gran mayoría vascos, que fueron condenados y encarcelados en la prisión de Zamora, construida ex profeso a tal efecto en 1968, por haber hecho frente al franquismo. Fueron curas que desde sus homilías instaban a luchar contra la dictadura, muchos de ellos, además, se sumaron a otras luchas, como la obrera y la sindical.

Ha sido un proceso largo y muy laborioso, reconocía ayer Aranzabal. Comenzaron hace cinco años y queda por termi-

nar. Recabar la información, las imágenes de la época y los testimonios de los hombres que protagonizaron aquella etapa tan oscura. Sufrieron torturas, persecución y cárcel. Han transcurrido 50 años de aquello, y revivirlo ha sido todo un ejercicio. «Planteamos el documental como un ejercicio de memoria, pero echando el ancla en el presente, porque la memoria ocurre ahora, es ahora cuando estamos recordando». Por ello no es casualidad que el trabajo comience con las recientes imágenes de la exhumación de los restos de Franco del Valle de los Caídos. «Hay muchas historias en la sombra que hay que sacar a la luz», agregó el director.

A la proyección del filme le siguió un homenaje a aquellos hombres a los que solo se les puede señalar por haber sido valientes. Xabier Amuriza, Josu Naberan, Jon Etxabe, Julen Kartzada, Martin Orbe, Juan Mari Zulaika, Felipe Izagirre y Periko Solabarria son algunos de los numerosos protagonistas; algunos ya han fallecido. Ayer, tomaron la palabra Amuriza, Zulaika y Naberan.



MOTÍN

Tras frustrar su huida, los tuvieron cuatro meses en un calabozo de tres pasos de ancho. Solo salían media hora al patio. «Teníamos que organizar algo grande para que el mundo supiera lo que estaba ocurriendo». Fue así como se gestó el motín.

LEY FRANQUISTA

Si la ley franquista por la que pudieran encarcelarlos hubiera seguido vigente, el último cura preso habría recobrado su libertad el pasado año. Sufrieron incomunicación y hubo penas de hasta 22 años.

«Quien haya pasado por la cárcel sabe de lo que hablamos, la cárcel es algo que no se olvida», apuntaron los excusos. Les ha resultado realmente emocionante visitar de nuevo la prisión, tapiada con cemento y totalmente invadida por la maleza. A este respecto, Aranzabal detalló los múltiples obstáculos que han tenido que sortear para, al fin, lograr entrar al interior del centro penitenciario. «Los permisos no llegaban alegando motivos de seguridad, y tengo que reconocer las gestiones que Aitor Esteban hizo para recibir luz verde. Después llegó el consentimiento de Mar-laska. A decir verdad, la primera vez que entramos fue por una ventana, de forma ilegal...», reveló.

Para Aranzabal la cárcel resulta una metáfora de lo que ocurre con el silenciamiento del relato. «Las cárceles se construyen para que nadie salga de ellas, y resulta que no podíamos entrar, como si se quisiera guardar bajo llave lo que allí sucedió».

Y hay detalles que no se olvidan, ni mueren y que retornan cinco décadas después, como

«el sopapo» que un policía le dio esposado en el calabozo a uno de ellos.

«Uno o dos años después de salir libres no quería ni verla en pintura, pero hoy me siento preparado para volver –cuenta Amuriza–. Hoy solo quedan las emociones, aunque el sufrimiento no se olvida».

Onda expansiva

Y sufrieron. Recuerdan las torturas, los malos tratos y las huelgas de hambre, también el método del «gusano», que consistía en sentarlos y esposarlos con las manos tras las rodillas y los golpes con un palo contra el hierro de las esposas.

Ante tal situación la única alternativa era la huida, pues, y así lo planteó Naberan. Se tomó al inicio como una idea de locos –que lo era–, pero decidieron que debían intentarlo. Con mucha meticulosidad y sigilo, comenzaron a cavar con los pocos medios que tenían desde el cuarto de las calderas de las duchas un túnel de unos veinte metros de longitud y un metro de diámetro que consiguieron esconder casi hasta la fecha de